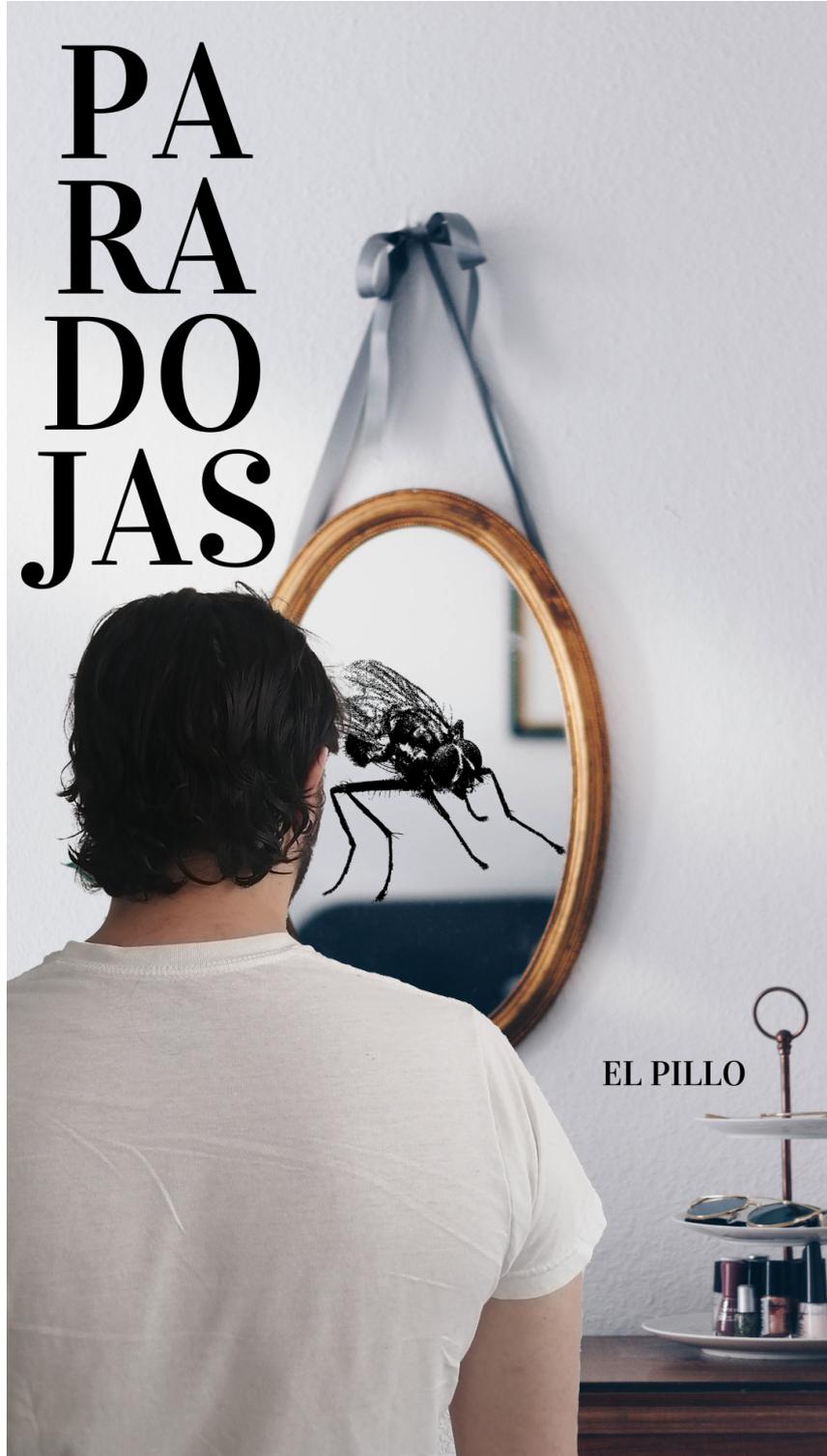


Paradojas

Otokoari



PA
RA
DO
JAS

EL PILLO

Capítulo 1

PARADOJA 1

"Soñando con moscas"

Aquella noche me fui a la cama como siempre lo he hecho, como de costumbre cerré los ojos y como a veces sucede me perdí entre sueños. Mis párpados cedieron ante el cansancio del día y cruce la frontera de lo racional. Una vez del otro lado, en aquella tierra que nadie sabe explicar, pero todos conocen, pude volar. Con una naturaleza típica del respirar, me elevé en el aire acompañado del zumbido de mis rápidas y delgadas alas, Un solo pensamiento se apoderaba de mi mente, un heredado instinto me llamaba a seguir su guía, a un destino deseado pero incierto. Obedecí sin pensarlo dos veces e impulsándome con las poderosas corrientes del viento emprendí el camino.

En el trayecto me encontré con titánicos hombres, gigantescas mujeres y magnos niños; todos ellos tan grandes como rascacielos apilados hacia el cielo. También hallé plantas animales y enormes árboles decorados por frutos tan vastos, voluminosos como casas. Ojalá tuviera palabras o escalas para comparar el tamaño de los hogares y edificios donde los humanos vivan... No, aun si las tuviera, no me lo creerías. Era un minúsculo ser ahuyentado por un simple ademán de las manos. Era nada, pero poco me importaba ser insignificante, pues a diferencia de aquellos gigantes yo no sufría crisis existenciales. Yo, como la vida misma, solo existía y solo quizá mis instintos guiaban mi propósito en el mundo.

Un dulce olor penetró con fuerza en mi interior, indicándome que la travesía llegaba a su fin y la recompensa estaba por fin a mi alcance. Al poco rato me encontré en un basurero y lleno de una incontrolable euforia, me abalancé sobre los despojos de especies más grandes. Me sumergí en un banquete; un festín de los más deliciosos y succulentos manjares que este mundo tienen para ofrecer. Llené mi cuerpo hasta el hartazgo de la deliciosa podredumbre, del increíble sabor a viejo e incluso de la muerte que emanaba de las entrañas de un gato putrefacto.

Fue allí donde me observe por primera vez. El reflejo de algún líquido ya rancio me mostró unos gigantescos y aterrados ojos rojos mirándome desde un rostro insectoide, las alas mosaicadas se movieron con violencia dejando ver un caparazón de color azul metálico. El cuerpo cubierto de espesos pelos oscuros se estremeció, incluso las seis patas contorsionadas casi se resbalan de la impresión. Ambos, mi reflejo y yo, huimos del otro con terror y ante tal imagen y sorpresa mis párpados se abrieron con violencia.

Empapado de sudor, me levanté tembloroso. Me dirigí al baño y con torpeza logré encender la luz. Los luminosos aces me cegaron y una punzada de dolor viajó desde mi sien hasta el centro de mi frente. Lentamente, me acostumbré a la iluminación y poco a poco una figura apareció frente a mí. El aire se escapó y mi corazón por un momento se detuvo cuando ante mí apareció el rostro de un hombre en lugar de mi verdadero reflejo.

Aquella fue la peor noche de mi vida, pero al final, después de un ataque de nervios, logré calmarme. Aun así, después de tanto tiempo, la duda emana de las entrañas de mi mente para acosarme con la inseguridad. La terrible incógnita arremete contra mí con violencia impaciente, nubla mis sentidos, me hace ver enemigos, desconocer a mis amigos y dudar de lo que ante mis ojos sucede. Tanto dolor por la desesperación de no saber...

¿Acaso soy el hombre que una vez soñó con ser mosca? O ¿Soy la mosca que aún sueña que es hombre?

Capítulo 2

PARADOJA 2

"Naranjas"

Ey, ey. Sí, te hablo a ti. Ven siéntate, te voy a contar una historia sobre la vida y las naranjas. ¿A que no quieres?, pues me vale madres, siéntate y gózalo. Cada quien hace su parte; diré lo que tengo que decir sobre la vida, escucharas lo que tienes que escuchar acerca de las naranjas, aprenderás algo o quizá no, la verdad no me importa. El chiste es que yo hablo, tú me escuchas y luego cada quien a sus pinches asuntos ¿Entendido? Perfecto, pues mira:

Hagas lo que hagas no te vayas a casar. Toma de ejemplo a este pobre pendejo. Todo era más fácil cuando era soltero. La vida era más divertida; más entretenida y lo más importante, mucho más barata. Incluso con las interminables pedas que me me metía, esas legendarias que entre drogas y pisto alargaban el tiempo durante días enteros. Aquellos eran los buenos tiempos donde mi mayor preocupación era disfrutar la euforia de la coca sin sucumbir al peligro de la sobredosis y convertirme en otro estadístico número.

No sé en qué momento me case y en cual otro Dios me maldijo con tantas ingratas bocas que alimentar. El chiste es que aquí estoy, más muerto que vivo. Ya no me acuerdo cuando fue la última vez que ví a mis amigos. Quizá porque lo tengo prohibido y de todas formas ni tiempo para verlos con el pinche trabajo que me trae en chinga. Son de esos trabajos que no dejan vivir pero tampoco dan para existir. Ya ni para una pinche amante titular con quien desquitarme de esta perra vida y esque yo no se como le hacían antes para mantener tres familias. Yo solo tengo una y Dios sabe que me sobra pero los soporto al final son mi sangre o eso me dijo mi esposa, al chile ya ni se. Claro esto no evita que me la hagan de pedo apenas pasó por la puerta de mi jodida casa. Que la niña necesita zapatos otra vez; que el niño reprobó otra vez; que de quien es el pelo güero en mi ropa otra vez. Mamadas, mamadas y mil pendejadas más. Enserio que a veces pienso en huir ¿A donde? a cualquier lado enserio que a estas alturas no importa. De todas formas, no serían la primera familia abandonada y definitivamente tampoco serían la última. Así son las cosas aquí en México, se podría decir que es lo normal y la verdad tampoco es tan malo. Mírame a mí yo ni conozco a mi papá y salí per-fec-to.

Así es la vida de este pobre pendejo llamado yo y es que aparte de todo me cargo una pinche suerte que me odia. Por ejemplo, el otro día revisando los gastos que me encuentro con 200 pinches pesos en un ticket del super. ¿Sabes cuantas chelas me pude haber comprado con eso? por lo menos para un doce seguro que me alcanzaba. Eso al chile si

me dolió; 200 pinches pesos en jugo de naranja. La renta, las colegiaturas, los impuestos esos los puedo tolerar pero 200 pinches pesos en pendejo jugo de naranja ya es demasiado. ¿Sabes que hice? pues obvio me quejé con mi esposa.

-Que el jugo de naranja es bueno para los niños- Decía con esa voz que taladra cabezas peor que cualquier cruda y mira que de lo demás soy un pendejo pero de eso si se. Es más si existieran, hasta Doctorado tendría.

-Pero 200 pesos- replicaba yo con lágrimas en los ojos y babeando por las chelas que no logre ni siquiera ver.

-Eran dos litros- alegaba.

-Pero 200 pesos- volví a replicar exasperado y como escuincle en pleno berrinche preguntaba una y otra vez - ¿Por qué 200 pesos? ¿Que esas pendejas naranjas no crecen en los putos árboles?

De repente, una revelación más cabrona que la de cualquier santo nos asaltó. Mi esposa y yo nos miramos estupefactos. No había necesidad de decirlo; los dos lo habíamos comprendido al instante. Aquí estamos ante una peligrosa conspiración, de esas que pocos salen vivos. Alguien aquí se estaba haciendo rico a costa de idiotas como yo. Con voz temblorosa y miedo inundando el cuerpo pronuncie lo que mi esposa también estaba pensando.

-Las pendejas naranjas crecen en los putos árboles ¿entonces por qué son tan caras?

Capítulo 3

PARADOJA 3

"Pastel de limón"

-¿Recuerdas cuando era niña?- me preguntó. Yo asentí con una sonrisa, la recordaba a la perfección. Yo era mayor, en esa época no tendría más que once años y ella, aunque apenas rondaba los ochos, siempre fue mucho más madura e inteligente. Era como si tuviera prisa por dejar cualquier atisbo de juego de niños en el pasado y adelantarse a la productiva vida adulta. Sin embargo, no lo lograba enteramente, al final éramos niños. Me intimidaba en esos días, incluso cuando yo le sacaba por lo menos dos cabezas de altura y es que para mi su mirada siempre sería me juzgaba constantemente pues siempre fui muy torpe y simple de humor. Aún siendo tan diferentes, la consideraba mi amiga aunque los momentos donde ambos congeniamos eran escasos. En esos sucesos raros ambos hacíamos un acuerdo implícito donde ella, por un instante, se relajaba y se permitía reírse de mis tonterías y yo, por un rato, intentaba ser ligeramente más maduro. No obstante, aquella niña que rara vez se permitía sonreír, de dientes chuecos, cabellos alborotados y mirada de adulto había cambiado. Era toda una mujer. Ya no era seria y reía mucho más que antes, la ortodoncia había enderezado sus dientes, con la excepción de un incisivo rebelde que aún luchaba por ser único y revolucionario, sus cabellos, antes indomables, habían tomado la forma de estéticos caireles oscuros que caían sobre sus blancos hombros, y su mirada que tanto me intimidaba ahora me llenaba con una placentera sensación de calidez, compasión y sincero amor. Naturalmente, y para sorpresa de todos, me enamoré aunque debo admitir que tardé mucho en hacerlo y si no fuera por su paciencia seguramente no estaría contando esta historia.

-¿Recuerdas que solíamos ir a Tlayacapan?- Volvió a preguntar.

-Claro que lo recuerdo- Respondí. Era por invitación de los padres de uno de nuestros amigos que cuando abril comenzaba a florecer nosotros íbamos a ese lugar soleado en el estado de Morelos. Había cabañas, albercas, toboganes con agua, comida chatarra, verdes y gigantescos campos y muchas cosas más. Un paraíso para los niños lleno de miles de posibilidades y un lugar de merecido descanso para los adultos asediados por el trabajo.

-¿Cómo olvidarlo?- Reí mientras recordaba con cariño el pasado -Esos días eran muy divertidos. Desde la mañana disfrutamos los días soleados y la refrescante agua. Siempre persiguiendo aventuras y...

-niñas- Interrumpió con una expresión juguetona.

-Tienes razón- solté una carcajada - Ja, claro que sí. También fue lugar de muchas decepciones amorosas para mi.

-Siempre fuiste muy enamorado- Agregó mientras me dedicaba una cariñosa mirada.

-Que tiempos- Contesté con un suspiro- ¿Recuerdas la guerra con globos de agua?

-Me contaste pero yo no estuve allí je je je

-Ah es cierto pero seguro recuerdas aquella vez que...

-Probablemente no- Atajó - Si no paso en la noche es muy probable que yo no estuviera.

- Es cierto tu piel- Dije cayendo en cuenta. Su piel blanca como la porcelana siempre fue muy sensible al sol. Cuando éramos pequeños jamás lo note, pero para ser sincero notaba muy pocas cosas a esa edad. No obstante, cuando empezamos a salir y comenzamos a tocarnos como amantes noté inmediatamente la textura rasposa de aquellas pequeñas manos. Ella me explicó que el sol le hacía daño y que por eso no solía disfrutar mucho los días soleados. Aún así ella se burlaba de su condición diciendo...

-Así es mi estúpida piel de lagarto- Continuó con una sonora carcajada.

-Entonces ¿Qué hacías mientras todos nosotros estábamos fuera?

-No mucho- se encogió de hombros -Pensar, dibujar, ver la tele, esas cosas. Una vez hice un pastel carlota

-Vaya eso si que no lo recuerdo- contesté.

-Es por que no lo comiste- Dijo de repente triste- Te lo hice a ti y a tu hermana pero ella estaba con otra amiga y tú con tu novia en turno.

-Lo siento- Me disculpe genuinamente arrepentido.

-No te preocupes, tampoco lo sabías y en esa época tu y yo hablábamos poco. No fue tu culpa.

-Aun así debió haber sido triste comerlo tú sola- Apreté su mano con cariño.

-No lo comí sola- Contestó mirándome fijamente con sus hermosos ojos oscuros- lo compartí con un hombre.

-¿Quién era?- pregunté.

-Ni idea- se encogió de hombros- No recuerdo su rostro, ni su nombre; solo recuerdo que era mayor que yo pero no viejo, quizá unos veintitantos años. El chiste es que me pidió una rebanada. Yo no conteste, solo lo mire como solía mirar a los extraños... ya sabes esa cara que solía hacer para decir "Alejate" pero el solo sonrio. Entonces asentí -De repente comenzó a reír- JA y luego el pendejo se cortó con el cuchillo mientras trataba de cortar el pastel. Perdon, perdon no debería reirme pero esque me acuerdo que cuando pasó pensé "Dios mío, tan grande y tan baboso".

-¿Y luego que?- Insistí mientras la acompañaba en su risa.

-Pues nada- Continuó mientras se calmaba- Se terminó su rebanada, me miró, sonrió y se fue tan rápido y fugaz como llegó. Quizá fue irresponsable de mi parte pero mientras estuvo allí me sentí feliz y acompañada.

-Yo...

-No te preocupes-Interrumpió adivinando mis intenciones- Éramos niños, no pasa nada lo importante es que hoy estás aquí. Mejor abrazame, tengo sueño.

Obedecí. La tomé entre mis brazos y en tan solo un instante la escuché respirar pacíficamente. Me quedé unos momentos meditando aquella plástica, mientras sentía su pecho inflarse contra el mío. Me sentía culpable por eso y por mil cosas más. De pequeña siempre había sido muy fría pero aun así era una niña que al final de cuentas lo único que quería era amor y amistad. Muchas veces antes me había dicho que le costaba trabajo congeniar con los demás pues cada vez que compartía algo sus palabras sonaban mordaces o altaneras. "Si tan solo pudiera volver, seguro comería ese pastel con ella" me dije pero dentro de mí sabía que era inútil pues el subjuntivo no es más que la pena del reformado, el suplicio producto de las malas acciones y el deseo de cambiar aquello que no se puede cambiar. Con este amargo pensamiento en la mente cerré los ojos y al poco tiempo dormí.

Soñe con un día caluroso, risas de niños y refrescantes vientos. Frente a mi un largo camino de piedra, flanqueado por ordenadas e idénticas cabañas, se extendía y al final de ellos había una niña sentada bajo la sombra. A su lado había un refractario y sobre sus blancas y delgadas piernas un plato del que comía una rebanada de pastel. Antes de que pudiera llegar, ella alzó la mirada y me observó con desconfianza. Bajo su

enmarañado cabello pude ver una violenta mirada clavada en mi.

-¿Me das una?- Pregunte mirándola con ternura. Por un momento ella dudo y lentamente me ofreció el refractario. Tome el cuchillo y sin dejar de verla me dispuse a servirme. -Ufff- articule al sentir una rafaga de dolor en mi dedo producto del filo del cuchillo.

-Pfff- Bufo la niña mirándome como si fuera el más grande idiota. Yo reí, chupé mi dedo y, esta vez poniendo atención me lleve una buena rebanada. Me senté a su lado y lentamente engullí mi porción. Nunca me ha gustado mucho el limón en los postres. Sin embargo, aquel pastel carlota era una bendición para el abrumador calor veraniego. Cuando termine, me levante y le dedique una sincera sonrisa a aquella niña que la guardia no bajaba por nada. Entonces me aleje por donde llegue. Ya estaba a una distancia considerable cuando escuche una voz. Ella decía mi nombre mientras me despertaba moviéndome de un lado al otro.

-¿Qué pasa?- Pregunté más dormido que despierto. Abrí los ojos lentamente y poco a poco distinguí su figura envuelta en sábanas mirando absorta mi mano.

-¿Qué te pasó?- Preguntó preocupada.

Allí, a lo largo de mi dedo índice estaba una cicatriz reciente, la sangre apenas coagulada comenzaba a formar la costra. El incomprensible instinto de lamer una herida para curarla se apoderó de mí y levanté mi mano hacía mi rostro. El olor me detuvo inmediatamente. El olor a limón y galletas maría penetró con violencia en mi nariz.

para Mariana.

Capítulo 4

PARADOJA 4

"Bien y ¿tú?"

Cuando yo nací el abuelo ya estaba senil. Mis recuerdos sobre él son todos igualmente tristes, sombríos y funestos. Lo recuerdo siempre con la mirada perdida, ataviado de dos o tres abrigos y una de esas clásicas cobijas de lana que cubría su espalda encorvada. Rara vez se desplazaba por el mismo pero cuando lo hacía era lento y pausado siempre arrastrando sus desgastadas pantuflas grises. También recuerdo que cuando lo saludaba o me despedía con un beso el aroma de café rancio y cama me envolvían.

No siempre fue así o eso dicen. Alguna vez el abuelo fue un hombre fuerte y viril que supo abrirse paso en las turbulentas calles de la ciudad. Por lo menos lo necesario para mantener a su numerosa familia; aunque es cierto que en esas épocas toda familia mexicana era numerosa. De aquellos recuerdos de la juventud del anciano hombre poco queda, la decadencia lo alcanzó hace mucho. Simplemente no hay espacio para ello pues sus hijos, hombres y mujeres cincuentones gordos, canos o clavos, están muy ocupados detestándolo y aunque pueda sonar desagradable entiendo el por qué pues han tenido que mantener a un cadáver vivo todo este tiempo y es que para ser sinceros el abuelo murió hace muchos años. De aquel hombre no queda nada más que piel colgante, flácidos músculos, huesos desmoronados y una mirada perdida que casi sin parpadear mira la televisión mientras la saliva sin resistencia escurre por sus encías sin dientes. Sus hijos lo sabían de sobra. No había dinero para mandarlo a un asilo o pagar los servicios de una enfermera, así que entre mis decadentes familiares se turnaban para cuidarlo. Igual que aquel juego de la papa cliente se lo aventaban como si estuviera en llamas; como si su condición fuera contagiosa. En fin, esta era la condición del abuelo. Nunca escuche mi nombre de su boca. De hecho nunca escuche una sola palabra de él y si lo hice no lo recuerdo pues el abuelo no hablaba, solo gemía, gimoteaba o gritaba y era deber de uno adivinar lo que quería o buscaba. Excepto por aquella única vez.

Jamas lo olvidare y ¿Como olvidarlo? pues si no todos los días un muerto resucita. Era el turno de mi familia para cuidarlo, el abuelo observaba con los mismos ojos perdidos los programas de chismes que pasan después de la comida, yo hacía mi tarea pues no podía levantarme hasta acabarla. El repentino suspiro del abuelo me distrajo de mis labores. Sus ojos inyectados de miedo se clavaron en los míos y con una dolorosa voz rasposa esbozo las únicas palabras que escuche de él.

Capítulo 5

PARADOJA 5

"Extremos"

-Paciente 1500- escuche mi nombre en el mecánico sonido del megáfono -
Es su turno.

Me levanté de las incómodas sillas de plástico duro luchando contra los mareos. No estaba acostumbrado a estar despierto pues los doctores solo me permitían abrir mis ojos para comer e ir al baño y eso cuando tenía suerte. El resto del tiempo estaba conectado a una droga que me hacía dormir durante toda la semana. No los culpo tienen razón, soy inestable por lo menos más que el promedio porque nadie puede jactarse de estar enteramente sano de la cabeza en este mundo tan extraño.

Camine lentamente hacia el consultorio. La cabeza me estaba matando y esas luces tintineantes de hospital... no, peor de psiquiátrico poco ayudaban. Trate de no desviar la mirada del suelo pues aquí no hay nada lindo que ver. Es un mural dibujado por algún sádico artista donde retrata a todos los apestados de la sociedad, todos aquellos que ponen incómodo al mundo encerrados bajo un mismo techo. De nuevo, los entiendo y hasta los admiro por la genialidad de poner la mierda en un mismo lugar para que el hedor no se expanda.

Cuando entro al consultorio ya me espera un doctor todo ataviado con su bata blanca, una calva prominente y un rostro duro sin compasión enmarcado por unos lentes que encierran sus pequeños ojos. Siempre es uno diferente aunque al final todos son iguales. Me siento antes de que alguien me obligue a hacerlo y espero a que inicie la conversación.

-Muy bien Paciente 1500- Su dedo oprime el botón de su grabadora -
¿Como se encuentra?

-Igual- Contesté con un nudo en la garganta.

-La última revisión que tuvo fue hace ya bastante tiempo- Se acomodo sus lentes mientras leía un expediente -¿Le importaría decir por qué está aquí? es para la grabadora.

-Mi familia me interno por mis colapsos- Dije molesto al verme obligado a revivir mi doloroso pasado -¿Que eso no está en el expediente? o ¿Por qué lo pregunta?

Sus pequeños ojos me miraron por arriba de sus lentes mientras que

un sonoro gruñido de hartazgo nacía de su garganta.

-Muy bien, entonces por qué no mejor me cuenta de las ideas que lo trajeron aquí- Sabía exactamente a qué se refería de la misma forma que sabía que curarme o ayudarme dejó de ser su prioridad hace mucho tiempo. No, el mundo ya se había dado por vencido conmigo, esto solo era puramente trámite, si fuera por ellos yo ya estaría muerto pero mi vida era de los últimos derechos humanos que me quedaban para el resto del mundo. En resumen, para motivos legales yo seguía siendo un hombre aunque en la práctica eso fuera muy diferente.

-Entiendo- Murmuré mientras me preparaba a revivir el infierno que me trajo aquí- El día que perdí todo fue el día en que me descubrí como esclavo.

-¿Esclavo de que?- Interrogó inquisitivo.

-No es tan sencillo- masculle- mi amo no es humano, ni tiene rostro, simplemente no es tangible.

-¿Entonces?

-Se trataba de las inamovibles reglas que unen el universo y evitan su colapso- continúe al mismo tiempo que me acomodaba en la silla- El día que perdí todo fue cuando descubrí que no hay punto medio entre los extremos. Desde entonces siempre los odie por determinar toda la existencia de uno. ¿Conoce el Tercer Reich? ¿El Estado Nazi? Claro que lo conoce, todo el mundo ha oído hablar de él pues en el Tercer Reich si no usted decidía que el Partido Nacionalista Obrero no era lo suyo, entonces seguro era tratado como traidor y usted sabe lo que le pasa a los traidores ¿no?.

-¿Que tiene que ver eso?- interrumpió.

-Ya lo verá doctor, ya lo verá. Después de todo usted me preguntó- Dije con una sonrisa y luego proseguí- Cuando la guerra acabó los papeles se revirtieron y entonces ser nazí era una sentencia, no siempre mortal, pero una sentencia al final de cuentas en cualquier parte del mundo. Las cosas cambian muy rápido y nunca se sabe cuando el extremo en donde te encuentras te costará la vida, tu familia, tu empleo o tu aparente libertad. Pero tiene razón este es un ejemplo muy malo; este es un problema de estado que sucedió hace algún tiempo y ahora solo es otro subtema en nuestra violenta y autodestructiva historia.

-¿Le importaría llegar a su punto, paciente 1500?- Suspiró evidentemente aburrido. No lo culpó, nadie quiere escuchar a un loco como yo.

-Usted sabe cual es mi punto lo tiene en su expediente ¿o no lo leyó?-
Ataje seguro de que este hombre no había hecho su tarea. No lo culpo, dudo que le paguen suficiente. No obstante, antes de que pudiera dar la orden para que me durmieran proseguí- Los extremos nos asedian a cada segundo de nuestra fugaz existencia, no se acaban y no se toman días libres en su maquiavélica tarea de determinar cada uno de nuestros pasos y de esclavizarnos con sus invisibles grilletes. Estoy convencido al ver al mexicano incapaz de decir NO por que lo considera tan contrario al SÍ que parece un insulto, entonces se obliga a aceptar incluso cuando no tiene intención o forma de cumplir.

Empecé a subir el tono de mi voz. No era buena señal, los doctores se ponen nerviosos cuando los locos se emocionan pero no podía detenerme aunque quisiera. Era como una droga, sabes que te hace daño y al mismo tiempo la consumes para poder sentir algo. En mi caso, tanto tiempo dormido transformaba la mera acción de hablar en algo más adictivo que la heroína.

-Por su puesto existen las respuestas inconclusas, las herramientas de los cobardes como el "tal vez", el "vemos" o el "yo te aviso pero estas frases solo te compran tiempo pues eventualmente deberás unirme a un extremo: el SÍ o el NO- El psiquiatra se movió nervioso en su silla pero yo no podía parar- No me cabe duda de que esto es real cuando veo el divorcio. El padre se convierte en un extremo y la madre en otro, mientras que el hijo es despedazado por la continua lucha entre ser determinado por uno o el otro. Los abuelos, por ejemplo, podrías decir es un punto medio pero hacerlo sería engañarnos pues nos veríamos obligados a preguntarnos ¿Cuales abuelos? ¿Los paternos o los maternos?. ¿Lo ve ahora? no hay salida, que quepa en las normas de lo real, donde el desenlace sea nuestra completa libertad. Siempre habrá dos extremos y tarde o temprano tendremos que elegir y esperar que aunque sea momentáneamente, en nuestro tiempo de vida, sea el lado correcto. Tan solo mireme mi y a usted. Ambos somos dos extremos, yo estoy clínicamente loco y usted está clínicamente cuerdo pero ¿Cuál es el parámetro para decidir eso? y usted puede decirme miles de teorías de miles de expertos pero al final, la realidad es que usted se cree cuerdo por que no es como yo y yo soy loco por que no estoy como usted. En pocas palabras, los cuerdos necesitan a los locos para poder decirse cuerdo. ¿Lo ve? no hay salida, al final siempre hay un extremo...

De repente me calle y el consultorio quedó en un silencio sólo perturbado por el zumbido de las luces blancas. Mis ojos se movían en mis cuencas como canicas y mi mente iba a mil por hora mientras yo experimentaba la epifanía más grande de mi vida. Al mismo tiempo el doctor se levantó con cautela de su silla y comenzó a retroceder como si intentara permanecer invisible para la bestia que era yo. Él ya estaba a dos pasos de la puerta cuando levanté mi rostro y con mi perturbada mirada penetré en sus

pequeños ojos y escudriñe las entrañas de su alma.

-Bueno hay una sola opción...- Me las arregle para decir entre los jadeos que me dominaban.

-¿Cual?- Preguntó el psiquiatra intrigado al mismo tiempo que deslizaba su mano por el bolsillo de su bata.

-Es tan sencilla- murmure para mi mismo -¿Como no me di cuenta antes?

-¿Cual?- Repitió mientras apretaba la jeringa llena de un poderoso relajante muscular. Detrás de las gafas del hombre pude ver los nervios que anticipaban la droga involuntaria en mi cuerpo pero ya no importaba pues finalmente lograría ser libre.

-Desterrar los extremos- Grité de júbilo. Entonces deje de existir. No se si fue la inyección que me durmió y la realidad de que ya nunca más me despertaron. No, estoy seguro fue la falta de extremos lo que me borro como si fuera un virus en el código del universo pues yo ya no era compatible con lo real. Quien diría que los extremos, aparentemente contrarios, no podían existir sin el otro. Elimina aunque sea uno y el mundo se viene abajo. Yo los maté a todos.

El loco existe por contraposición al cuerdo, el SÍ no puede ser sin la existencia del NO, la oscuridad sólo está cuando falta luz y esta solo es cuando no hay oscuridad y la muerte sólo tiene sentido si hay una vida que al final de todas las cosas termina.

Capítulo 6

PARADOJA 6

"El gato, el perro y el ratón"

¿Quién se comió el filete? Una pregunta simple de contestar. Sin embargo, aquí frente a mí tengo a los 3 silenciosos sospechosos: El gato, el perro y el ratón. Sin duda todos tienen motivos, después de todo era un jugoso filete y quién podría resistirse a tal manjar por una u otra razón que aún escapa mi comprensión. Sobre los presuntos criminales... el gato es egoísta y seguro. Sin duda alguna lo pudo devorar en la intimidad de los tejados o en la oscuridad de algún callejón. Por su parte el perro es noble pero víctima de sus impulsos... no puede controlarse y sobre el ratón siempre es muy cuidadoso; nunca da un paso en falso. Además es demasiado pequeño para llevarse tan gran filete... a menos que haya tenido ayuda. Así es, seguro no trabaja solo pues es bien sabido que tiene varios familiares cada uno más hambriento que el anterior y todos dispuestos a morir por saciar su voraz apetito.

Todos tienen la capacidad: el gato es rápido y ágil; lo suficiente para hacer desaparecer el filete en un abrir y cerrar de ojos, el perro es grande y su tamaño es suficiente para poder llegar hasta él sin mucho esfuerzo y el ratón con su vasta familia tiene mano de obra suficiente para lograr la tarea; en equipo todo es posible.

Mis ojos inquisitivos pasan de un sospechoso a otro con impaciencia. Solo me hace falta un instante para entender la triste verdad de que ninguno se entregará. El gato, anárquico hasta la médula, callara solamente por no darle el placer de la justicia a la autoridad del hogar que desgraciadamente yo represento. El perro por miedo a que en todo centímetro de esta casa, desde la cocina hasta los cuartos, se sepa que no es tan fiel y obediente como su cola en movimiento aparenta y el ratón guardará sepulcral silencio por absoluta lealtad, pues si confesara habría que delatar a sus cómplices y eso jamás sucederá.

Comienzo a desesperarme y las uñas mordidas en mi mano son prueba de ello. No quería recurrir a medidas drásticas pero si no puedo resolver el crimen del filete tampoco tengo mucha opción. Desde donde yo me siento; desde mi papel de verdugo solo tengo dos opciones: Liberarlos a todos por falta de pruebas o... No, me rehusó categóricamente. Las normas, las leyes son el delgado hilo que nos separa del caos. El culpable debe pagar pues de lo contrario esta casa se deslizará por una pendiente de atroz impunidad; eso quizá funcione en las políticas nacionales pero no en esta casa. No puedo comprometer el orden... Si, supongo que esa es la

única opción.

Dos inocentes por un criminal anónimo.

Así lo hice... sobre la cuerda de la horca nueve veces colgué al gato, le di cadena perpetua de 15 años al perro y envíe un claro mensaje cuando en un cubeta ahogue al ratón.

Capítulo 7

PARADOJA 7

"HORMIGAS"

Su estudio era tan grande como se pudiera esperar de alguien de su categoría. Tenía un estilo elegante, muebles de madera secuoya finamente tallada, cortinas y alfombras de seda con magníficos mosaicos bordados, tapices que retrataban la historia del mundo y preciosos cuadros adornando las paredes con el rostro de hombres y mujeres que él consideraba valiosos. No los admiraba, pues Él guardaba aquel sentimiento solo para su notable persona. No obstante, entre todos los humanos, aquellos eran sus favoritos. Había militares y extremistas, diferentes por sus uniformes y al mismo tiempo idénticos por el fuego violento que emanaba de sus cuencas, tenía también santos y pacifistas, luciendo sus características sonrisas hipócritas, príncipes y reyes, presumiendo las joyas robadas de una distante tierra e incluso tenía una selecta colección de sus Papas preferidos, cada uno de ellos vistiendo el humilde blanco y el infame dorado. Este abismal estudio también poseía una inmensa variedad de libros, si la vieras no te parecería raro imaginar que allí no había un solo tema escrito que no fuera comprendido en la monstruosa cantidad reflejada en esos interminables y pesados tomos. Pero lo más notable era sin duda la mesa que se encontraba en el centro. Rompía con el ambiente, pues no gozaba del exquisito estilo de la habitación. Estaba formada por la conjunción salvaje de hiedra, musgo y piedra. Solo mirarla daba la sensación de que era casi tan antigua como solo la misma Tierra Gaia puede ser.

La mesa era su posesión más preciada. Lo recordaba bien, pues fue la primera pieza de su estudio. Él la encontró hueca e inhóspita y como un adicto la sensación de crear comenzó a maquetarla y a poblarla hasta hacer un paisaje que después de varias modificaciones le pareció aceptable. Él mismo escarbó la profundidad de los océanos, trazo el causé de los ríos, espolvoreo los desiertos, modelo las montañas y dibujo las gélidas tundras. Desgraciadamente, aunque el paisaje que creó era verdaderamente bello y tan perfecto como ningún otro, no fue suficiente para Él. No, alguien así, incapaz de apreciar la estética de la simpleza, se aburre rápido. Entonces creó unas hormigas y las metió a su mundo sintético. Al principio se contentó con verlas. Eran simples, por lo menos al inicio, cumplían con su ciclo: nacían, se reproducían y eventualmente morían. Sin embargo, todo cambió cuando una de las tantas colonias que poblaba su tierra, levanto una estatua de algo que no podía ser otra cosa más que Él mismo. Se reconoció en las facciones de la piedra labrada y en su interior sufrió la abominable inflamación de su ego. Se sintió importante, enfermamente febril al ver los templos dónde cientos de hormigas iban a adorarlo. Confiaban ciegamente en Él y actuaban sin

prueba alguna según lo que ellas imaginaban que era su voluntad. Incluso llegaron a pensar que podían sobornarlo para favorecer a una colonia más que a otra. Le ofrecían sus tesoros, su comida, sus larváticas crías e incluso hasta su vida en sagrado suicidio. Él sonreía, pero no por sentirse honrado. Era más bien una grotesca y tétrica diversión colmada de odio por aquellos seres que consideraba abismalmente inferiores. A Él de nada le servían aquellos montículos de estiércol a los cuales las hormigas llamaban tesoros, su comida era desperdicio, le asqueaba su descendencia retorciéndose en el fango y su vida, tan insignificante como era, ya era suya.

Periódicamente y cada vez más seguido, sus sonoras carcajadas hacían temblar las paredes de su estudio. Empezó creando desastres por puro ocio, desbordó los océanos y calcinó el suelo con la erupción de los volcanes y se partió de risa cuando las hormigas, en medio del infierno y el diluvio, se ponían de rodillas y rogaban por su misericordia. Pero evolucionaron y pronto ya ni siquiera tenía que provocarlo, solo se sentaba a mirar con sadismo como se despedazaban entre ellas en su nombre. Se maravilló cuando las hormigas se convencieron de que su voluntad era difundir su fe por Él y al no conseguirlo iniciaron incontables masacres e incluso, cuando una colonia perdía, se las arreglaba para torcer la verdad y modificar su fé, convirtiéndose en los vencedores aún en la derrota. Se crearon narrativas para justificar sus acciones y su lugar en el mundo, para que una hormiga se erigiera como supieron de las demás, para matar sin ser llamado asesino, para actuar con crueldad y predicar bondad, para esclavizar y ser celebradas como libertadoras. Crearon nuevas formas para matarse, maneras creativas de devorarse entre ellas. Si no con armas, lo hacían con enfermedades y si eso tampoco funcionaba, podían confiar en la propia decadencia de su raza maldita.

Generaciones de hormigas fueron observadas por Él desde su estudio y la música, la terrible sinfonía de la historia de su mundo fue su risa maniaca, retumbando incomprensible para ellas, pero latente y constante, burlándose de su primitiva naturaleza y de su limitada visión del escenario que las rodeaba. Sin embargo, la risa paro. Se detuvo tan súbitamente que por un segundo todo quedó en un silencio atroz. Él, por primera vez confundido, observo a las mismas hormigas que había torturado de tantas maneras derribar los templos que levantaron en su honor, las vio quemar los libros sagrados que le dedicaron y blasfemar las palabras que durante siglos le atribuyeron. Habían evolucionado, las hormigas se habían dado cuenta de la verdad que Él nunca quiso aceptar. La verdad que dictaba que su existencia y la de su precioso estudio jamás tuvo llegar más que en su mente colectiva. Las hormigas se revelaron como las verdaderas creadoras y Él como la ficción.

Ya no necesitaban la idea de Él y así, conforme la fe de la última de las hormigas comenzó a agonizar, todo a su alrededor crujió y tembló. Aterrado observo como sus muebles de lujosa madera sequoya era

devorada por enjambres de termitas, sus alfombras, cortinas y preciosos tapices se incendiaron, sus libros cayeron de sus estantes con el asqueroso olor a papel putrefacto y sus cuadros de... ¿Dije hombres y mujeres? No, quise decir, sus cuadros de notables hormigas fueron lo último que se mantuvo en su lugar, sitiándolo y rodeándolo como bestias, a punto de devorarlo. Entre terremotos el suelo cedió y cayó en el abismo, en la nada y mientras caía la visión de las terribles hormigas que lo veían desde los lujosos cuadros lo seguían acosando. Todo eclosiono y la nada fue lo único que quedo. Sí, fue Él quien las creó, pero fueron ellas las que borraron su existencia a costa de la suya.

¿No había sido Él omnipotente creador de ellas y todo lo que les rodeaba? O ¿acaso no fue más que la ficción de un pueblo primitivo? Así él cayó infinitamente a un insondable vacío. Preguntándose y eternamente torturándose con una incógnita sin respuesta.